

REVISTA AL TEMA
PSICOANÁLISIS LATINOAMERICANO:

ENRIQUE PICHON RIVIERE

(II)

PADRE *

Resulta extraño pensarlo. Hasta decirlo. Trato de pensar en este instante — mientras la página en blanco me intimida casi tanto como la muerte— cuál es el primer recuerdo que tengo de mi padre. Un recuerdo que pueda aparecer tan nítidamente como la imagen de un sueño sorpresivamente recuperada.

Ante la página en blanco, ese recuerdo no surge. O surge desdibujado por otros y también por la responsabilidad de escribir sobre un padre que fue psicoanalista.

Casi un estigma. Una marca. La gente espera que un psicoanalista sea una persona equilibrada, dueña de si misma. Que viva sin excesos, sin errores. Sobre todo eso; sin errores. No hay nada más alelado de la vida —y, en consecuencia, del psicoanálisis— que una existencia ordenada. Recuerdo ahora un párrafo de un libro de Bruno Bettelheim: “Se considera que el objetivo del psicoanálisis es el de hacer que la vida sea más fácil; pero no es eso lo que su función pretendía. El psicoanálisis se creó para que el hombre fuera capaz de aceptar la problemática de la vida sin ser vencido por ella o sin ceder a la evasión. Freud afirmó que el hombre sólo puede extraer sentido a su existencia luchando valientemente contra lo que parecen abrumadoras fuerzas superiores”.

Nadie separa al poeta de la poesía. Algún día nadie separará a los psicoanalistas del psicoanálisis.

Mi padre luchó contra lo que parecen abrumadoras fuerzas superiores.

* *Escrito especialmente para la “Revista Uruguaya de Psicoanálisis”.*

Espléndida forma que encontró Bettelheim para decir: el pasado —familiar, cultural— nos abrumba como la ley al personaje de Kafka. Y en ese proceso, inevitable, mi padre salió victorioso.

La lucha de mi padre fue doble, como la de todo verdadero psicoanalista: peleó por su vida y por la de los demás.

Y comenzó a ejercer su profesión en una época en que las ideas de Freud eran duramente atacadas, ya sea con la indiferencia o con estrategias de choque. De fuerza. Cuando logró formar un servicio ejemplar en el entonces Hospicio de las Mercedes fue echado y degradado. Mediados de los años 40. Época, también, de mi nacimiento.

La metáfora de la lucha continúa. Un día de comienzos de los años 70, fui a visitar a mi padre. Ese día —en una tarde luminosa— un hombre esperaba a mi padre con ansiedad, con angustia. Ese hombre, se diría, estaba loco. En un murmullo, Juana —una mucama tan enorme que debía pasar de perfil por algunas puertas y corredores— me advirtió que este hombre había estado detenido por dirigir el tránsito. No era un policía, para más datos.

Por un momento, me retraje. La locura nos da miedo. Pero recordé un consejo de mi padre, una vez que estaba —de visita— en una clínica que tuvo en la calle Rodríguez Peña: “El loco —de algún modo hay que llamarlo— sólo te agrade cuando le tenés miedo. Si un loco te mira a los ojos y no descubre miedo, nada te puede pasar.” Lo miré a los ojos. No vio miedo en mis ojos. Entonces me habló. Me dijo: “No doy más”. Su cuerpo cayó. Literalmente, cayó. Encogido, mirando a través del corredor la puerta del consultorio de Pichon, dijo: “Es como pelear contra Nicolino. . . nunca lo puedo alcanzar.., pego, pego y no pueda alcanzarlo, no se puede...”

Hablaba de Locche, el boxeador. Locche siempre vencía al adversario. Estaba ahí, pero invencible, inalcanzable. ¿Cuántas cosas condensaba esa astucia, ese oficio prodigioso? Se abrió la puerta del consultorio de mi padre. Le hizo un gesto para que fuera hasta allá. El hombre, este hombre, cayó más todavía. Algo lo destrozaba. Mi padre le hizo otro gesto, esta vez con la mano. Lo llamaba. El hombre negaba con la cabeza, con las manos. Inmóvil en su destrucción. Súbitamente, inesperadamente se irguió, caminó a través del corredor. Entró al consultorio. La puerta se cerró. No conozco el final de este historial, de esta historia. Lo que importa ahora es la imagen; dos luchando del

mismo lado por algo casi inasible, que tantas veces resulta intangible: la vida.
Mi padre venció fuerzas abrumadoras. Y nos legó esa certeza: hay ojos que
entrevén sin miedo la locura. Va mi homenaje a esa mirada.

Marcelo Pichon Riviere